1

La historia de Peñarol, que es tan rica y llena de prodigios como un océano, comienza con una gota de agua.

El agua cuando se calienta se expande con tanta fuerza que puede mover las cosas. No me van a creer si les digo que una gota de agua, cuando el calor la transforma en vapor, ocupa un espacio 1.700 veces mayor que cuando era líquida. Por eso el vapor hace saltar la tapa de una cacerola, por ejemplo.

¿Qué tiene que ver esto con Peñarol? Tengan un poco de paciencia.

Esa energía del vapor se usó en la antigüedad. Hace mucho tiempo, tanto como unos 2.300 años, el matemático Arquímedes inventó una especie de cañón llamado «architronito» que disparaba proyectiles impulsados por la fuerza del vapor del agua caliente.

En los siglos siguientes, otros sabios estudiaron esta energía y cómo aplicarla. Pero recién en 1705 un herrero e inventor, llamado Thomas Newcomen, construyó el primer motor movido con energía a vapor.

Su mecanismo puede explicarse así:

1) Se calienta agua (quemando leña o carbón) en una caldera cerrada.
2) El vapor que así se obtiene es introducido en un cilindro y su presión mueve un pistón. Este, a su vez, mueve otra máquina.

Esta genial innovación fue mejorada luego por el ingeniero escocés James Watt, que entre 1770 y 1780 creó una máquina que era más fácil de usar porque requería un 75 % menos de combustible para calentar el agua.

A partir de entonces, la máquina de vapor comenzó a aplicarse a un sinfín de actividades, y muchos comenzaron a soñar con un medio de transporte impulsado con su fuerza.

Hasta ese momento el hombre solo podía viajar por tierra en vehículos movidos con tracción a sangre, arrastrados por sí mismo o por animales. En el mar se aprovechaba la fuerza del viento, que nunca se sabe cuándo y para dónde va a soplar.

Varios inventores intentaron desarrollar una gran máquina que pudiera mover un tren de vagones, que sirviera para llevar carbón desde las minas a las ciudades o para llevar pasajeros de un lugar a otro: una locomotora.

La primera locomotora a vapor la construyó el galés Richard Trevithick y se estrenó el 21 de febrero de 1804 en Gran Bretaña. Logró recorrer unos 15 kilómetros remolcando 10 toneladas de hierro y 70 pasajeros. Pero iba muy despacio, apenas a 8 kilómetros por hora. Y era tan pesada que rompía los rieles.

Pero otros perfeccionaron el invento. En setiembre de 1825, mientras en la Banda Oriental los patriotas luchaban contra los brasileños, en Inglaterra, un señor llamado George Stephenson logró que su locomotora recorriera 40 kilómetros, una distancia como la que hay desde Pocitos hasta Atlántida, a una velocidad de 18 kilómetros por hora. ¡Todo un golazo!

Sin embargo, mucha gente desconfiaba del nuevo invento y sostenía que era muy caro y peligroso y que nunca lograría ser mejor que los carros tirados por caballos. Por eso, en 1829, para demostrar que las locomotoras eran confiables, alguien decidió hacer una carrera de trenes. Para ese entonces Stephenson había mejorado aún más su diseño. Había construido una locomotora a la que llamó *The Rocket* (El Cohete) y decidió participar de la carrera con ella.

Fue el 6 de octubre de 1829. Cinco locomotoras fueron anotadas en la competencia, pero dos de ellas fueron descalificadas antes de la largada por no cumplir con los requisitos mínimos. A la hora de inicio solo quedaban tres. Dos eran las favoritas. Una era la locomotora *Novelty*, diseñada por el sueco Ericsson y pintada con los colores de la bandera de su país: azul y amarillo. La otra era la *Rocket*, el cohete de Stephenson, pintada de amarillo y negro.

La gente apostaba cuál ganaría. Ante el asombro de todos, la máquina de Stephenson consiguió alcanzar una velocidad de 40 kilómetros por hora, casi el triple del mínimo exigido en el reglamento de la competencia. Su triunfo fue tan categórico e impresionante que ese día se terminaron las dudas sobre el éxito del ferrocarril. Y el amarillo y el negro de la *Rocket* quedaron asociados

para siempre y en todo el mundo como los colores del ferrocarril.

Por eso la camiseta de Peñarol es amarilla y negra. Por eso nuestra historia comenzó con una gota de agua.

2

El ferrocarril fue el gran invento de los ingleses. Ellos se encargaron de llevarlo a todos los rincones del mundo. Y lo hicieron junto a su otro gran invento: el fútbol.

La llegada del tren a Uruguay provocó la misma desconfianza que antes había provocado en Inglaterra. Incluso el gobierno recibió un informe que decía que el humo de las locomotoras mataría a las aves, sus chispazos incendiarían las cosechas y sus pasajeros morirían asfixiados porque la velocidad del ferrocarril les impediría respirar.

Pero tras varios intentos frustrados, finalmente los trenes comenzaron a recorrer el país en 1869. La primera compañía fue de dueños uruguayos, pero en 1878 fue vendida a empresarios ingleses, que tenían más experiencia y dinero como para llevar

adelante la compleja tarea de instalar y expandir un servicio ferroviario.

Al principio, los ingleses instalaron los talleres de su empresa en el barrio Bella Vista. Pero luego se mudaron a un paraje rural, vecino a Montevideo, conocido como Peñarol. Corría el año 1891.

El nombre de esa zona, que por entonces estaba poblada de chacras y quintas dedicadas a producir frutas y verduras, venía de un siglo atrás.

En 1751, un piamontés llamado Juan Bautista Crosa había abandonado su pequeña ciudad natal de Pinerolo, en territorio de la actual Italia, y se había embarcado rumbo a América. Al llegar a la Banda Oriental, había puesto una pulpería en un camino rural en las afueras de Montevideo.

En aquella época era frecuente que el lugar de origen de una persona se incorporara a su nombre. Por eso a Crosa lo comenzaron a llamar Crosa Pinerolo. Y con el uso, el nuevo apellido se fue adaptando al idioma castellano, hasta pasar a ser Crosa Peñarol.

La gente del lugar pronto comenzó a llamarlo simplemente Peñarol. Y se ve que su pulpería era muy buena, porque al tiempo todo aquel paraje pasó a ser conocido con ese nombre. Aquella zona rural vecina a Montevideo fue bautizada para siempre como Peñarol.

Ahí fue donde los ingleses instalaron la compañía del ferrocarril en 1891, con el muy británico nombre de The Central Uruguay Railway Company of Montevideo Limited. La habían elegido porque allí había mucho espacio y, como se imaginarán, los trenes necesitan de grandes talleres donde poder construir y reparar locomoto-

ras, salones y vagones. Y como tanto espacio había, la compañía también decidió construir allí un barrio entero para que los obreros vivieran al lado del taller y no tuvieran que viajar todos los días desde Montevideo.

Hicieron calles, casas, grandes residencias para los jefes y, con el correr de los meses, un cine y un club social donde se enseñaban oficios, se hacían bailes y conferencias y donde funcionaba una escuela para los hijos de los obreros (luego se construyó un edificio propio para la escuela).

Pero los ingleses amaban el deporte. Por eso, apenas cinco meses después de haberse instalado en Peñarol, fundaron un club en el cual poder jugar al cricket y al fútbol, sus pasatiempos preferidos. Fue el 28 de setiembre de 1891 y lo llamaron Central Uruguayan Railway Cricket Club.

La primera directiva se formó con las jerarquías de la compañía, que firmaron el acta de fundación junto con un grupo de empleados. En total, 118 personas –72 ingleses, 45 uruguayos y un alemán– participaron de ese momento mágico sin imaginar la maravillosa historia que estaban iniciando.

O quizás sí, porque uno de ellos estampó en el recién inaugurado libro de actas una cita bíblica que hasta hoy guía el destino del club como una estrella: «Serás eterno como el tiempo y florecerás en cada primavera».

PEÑAROL

3

El club había sido pensado apenas como un espacio para que los directivos y empleados del ferrocarril pudieran practicar un deporte, pero pronto comenzó a superar esas modestas expectativas.

La barriada que se había formado alrededor de los talleres del ferrocarril reunía a 3.000 personas, y se había convertido en una de las mayores concentraciones obreras del país. Además, a los uruguayos les encantaba el fútbol, ese deporte que habían traído los ingleses.

En 1900, el CURCC y los clubes Albion, Uruguay Athletic y Deutscher fundaron la primera liga de fútbol del Uruguay, bautizada con un rimbombante nombre en inglés: The Uruguayan Association Football League.

El primer campeonato se disputó ese mismo año, todos contra todos, en dos ruedas. Fue una conquista notable del CURCC, anticipo de los tiempos de gloria que vendrían. El equipo ferrocarrilero ganó sus seis partidos. Hizo 36 goles y recibió apenas 2 (ambos del Albion, que obtuvo el segundo puesto).

Ese año, el CURCC, al que nadie llamaba así, sino lisa y llanamente Peñarol, jugó un partido amistoso contra un nuevo club llamado Nacional, el que pronto se transformaría en su rival más encumbrado. Fue el primer clásico y lo ganó el equipo de Peñarol 2 a 0.

El CURCC volvió a ser el campeón en 1901, en un torneo en el que se disputó el primer clásico oficial. Fue el 28 de abril de 1901, y lo ganó el equipo de Peñarol 1 a 0.

En aquellos años, los futbolistas eran fuertes y robustos, de físicos imponentes, rudos, fieros y algo lentos en sus movimientos. El fútbol era una contienda de fuerza y virilidad, abundaban los pechazos y los choques violentos con los rivales.

Fiel ejemplo de aquellos primeros fuertes gladiadores aurinegros fue Fred Jackson, delantero y capitán de los equipos campeones de 1900 y 1901, considerado un héroe por la afición ya que nunca había logrado ser derribado al suelo por ningún adversario.

Los jugadores eran *amateurs*. Y los del CURCC, todos empleados de la empresa del ferrocarril.

En 1905, Peñarol logró otra hazaña: se consagró campeón de la Liga Uruguaya, invicto y sin goles en contra.

Ya en aquellos años surgieron los primeros cracks, cuya huella perdura hasta hoy.

Uno de ellos fue el golero Leonard Crossley, que revolucionó el modo de atajar en el fútbol uruguayo. Había llegado para trabajar en la compañía del ferrocarril en 1906. Era petiso para lo que se consideraba que debía ser un guardameta, pero había jugado como profesional en la segunda división de Inglaterra, donde entonces el fútbol estaba más avanzado que en cualquier otro lugar del mundo.

Hasta ese momento, los arqueros siempre intentaban rechazar la pelota con los puños o los pies, y se cuidaban mucho de los empujones de los enormes delanteros, porque más de una vez… ¡los metían con pelota y todo adentro de la valla!

Pero Crossley no. Él atajaba las pelotas, las abrazaba, las embolsaba contra su cuerpo y se arrojaba al piso para lograrlo. Para los violentos delanteros rivales aquello era una ofensa inadmisible. Por eso acometían contra él con violencia, y unas cuantas veces debió ser sacado del campo de juego

desmayado, producto de los golpes recibidos. Fue campeón uruguayo con el CURCC en 1907 y 1911, y luego también dirigente del club.

El otro crack legendario de aquellas primeras batallas fue el maestro José Piendibene. Alto, ancho y fuerte, pero de andar elegante y espigado, cabellera rubia, sobrio en sus gestos dentro y fuera de la cancha, parecía inglés pero era un muchacho del entonces alejado barrio de Los Pocitos.

Una prolongada huelga ferroviaria había provocado que muchos de los jugadores del CURCC abandonaran el club y se necesitaban nuevos futbolistas. Alguien en aquellos años les sopló el dato a los dirigentes de Peñarol de que en Los Pocitos había un muchachito que rompía la pelota, y fueron a buscarlo.

Piendibene tenía apenas 17 años, jugaba en un club de barrio llamado Buenos Aires y era hincha de Nacional: por eso dudó cuando le ofrecieron lucir la camiseta amarilla y negra, pero por fin se decidió. Llegó a Peñarol en 1908 y pronto deslumbró con su juego elegante, veloz y preciso, su capacidad para eludir rivales y su habilidad goleadora. Debutó en un partido contra un club que se llamaba French: el CURCC ganó 6 a 1 y Piendi hizo tres de los goles.

Fue titular en Peñarol durante 20 años. Hizo tantos goles y protagonizó tantas hazañas que se podría escribir un libro solo sobre él. (De hecho, ya existe un libro sobre la vida de Piendibene, escrito en 1951 por Juan Andrés de León.) Se ganó el mote de «el Maestro» en un partido entre las selecciones de Uruguay y Argentina, en 1911 en el Parque Central. Tenía apenas 20 años. Aquella tarde hizo dos goles que, de haber existido la

televisión en esos años, todavía los estarían pasando en Fox Sports.

En el primero se había lanzado al ataque, pero los dos zagueros argentinos, los por entonces famosos hermanos Jorge y Juan Brown, habían logrado encerrarlo contra la línea de fondo del campo de juego, al lado del banderín del córner. Piendibene zafó de sus marcadores levantando la pelota por sobre la cabeza de Juan y, cuando quedó enfrentado al golero, volvió a levantar la pelota sobre él también. En el segundo gol, otra vez los zagueros argentinos lo encerraron en el último rincón de la cancha. Esta vez logró eludirlos cacheteando la pelota, con un toque bajo y con efecto, y cuando quedó nuevamente frente al golero, ¡otra vez se la levantó por encima de la cabeza!

Los hermanos Brown tenían fama de recios. No cualquiera era (ni es) zaguero de la selección argentina. Sin embargo, luego de aquel segundo golazo, y mientras en las tribunas del Parque Central el público saltaba loco de euforia, Jorge Brown se le acercó a Piendibene, le estiró su mano y le dijo: «Has hecho dos goles dignos de un maestro del fútbol. Muchacho, sos un maestro».

A partir de ese día todos lo llamaron así. Y su fama se hizo internacional. Nunca gritó sus goles, a pesar de que los hizo de todo tipo y color. Jugaba concentrado al máximo en ganar. «A eso venimos», solía decir.

Uno de sus rivales relató un gol que una vez le hizo a Central. Llegó al área con la pelota dominada, amagó y se volcó a la izquierda. Cuando parecía que iba a rematar, continuó su carrera hacia la izquierda. Parecía que estaba cometiendo un error, que se estaba quedando sin ángulo para sacar el zurdazo que todos esperaban. Pero

cuando el golero de Central se volcó hacia ese lado para taparle el remate de zurda, el Maestro la cacheteó con la derecha, por encima de su cabeza, y la pelota, describiendo un arco, fue a parar al fondo de las redes.

El 2 de julio de 1916 hizo el primer gol de toda la historia de la Copa América, en un torneo que ganó con la selección uruguaya.

Otro momento brillante de su carrera ocurrió cuando tenía 35 años y ya estaba cerca de retirarse, el 18 de julio de 1926, en un repleto Parque Central, colmado de aficionados que habían ido a presenciar un duelo internacional: Peñarol versus el Deportivo Español (que en aquel entonces era el equipo catalán más poderoso y uno de los mejores de España).

El golero de los catalanes era Ricardo Zamora, el más famoso futbolista español. Le decían «el Divino» por sus atajadas milagrosas. En los Juegos Olímpicos de 1920, en Amberes, donde España obtuvo la medalla de plata, había sido sacado en andas del campo de juego por sus maravillosas contenciones contra Dinamarca.

Cuatro días antes del partido contra Peñarol, Deportivo Español se había enfrentado a Nacional, que contaba en sus filas con varios de los campeones olímpicos uruguayos. Los catalanes habían ganado 1 a 0: Zamora no había podido ser vencido.

El partido contra Peñarol iba 0 a 0 cuando solo faltaban 15 minutos. Entonces una gran jugada de Juan P. Anselmo dejó a Piendibene con la pelota a la entrada del área grande, con un único rival por delante: Zamora. Los que estaban allí contaron que todos se pararon y se hizo un silencio absoluto. Cada uno jugó sus cartas. El

Maestro amagó. El Divino dudó un segundo si salir o no. Piendi avanzó dos pasos. Cuando Zamora se decidió y avanzó hacia el delantero, el Maestro agachó apenas su cuerpo y sacó un tiro con efecto, bajo, contra el palo. Zamora se estiró como un gato, las puntas de sus dedos lograron tocar apenas la pelota, pero no pudo cambiarle el rumbo. La pelota entró al arco rozando el palo.

Hay fotos de ese golazo: Piendibene agachado tras sacar su remate, Zamora estirado a ras del suelo mirando con horror cómo la pelota se está colando en el arco por el único rincón posible. Pero no hay imágenes de cine y televisión de los goles del Maestro, apenas el testimonio por escrito de algunos de los que tuvieron la dicha de presenciarlos.

Por eso siempre, cuando escucho a algunos discutir si el mejor jugador del mundo fue Pelé o Maradona, siempre me pregunto… ¿y cómo saben que no fue Piendibene, si nunca lo vieron jugar?

El Maestro ganó tres veces el Campeonato Uruguayo (1911, 1918 y 1921), con la selección obtuvo dos veces la Copa América (1916 y 1920). Jugó 506 partidos, 56 de ellos internacionales. Hizo 277 goles. De esas conquistas, 17 fueron convertidas ante selecciones de Argentina: ningún otro futbolista uruguayo ha logrado semejante registro.

Un famoso periodista de aquella vieja época del fútbol, Diego Lucero, escribió: «Si aquí algún día se le ocurriera ponerle a la calle 18 de Julio el nombre "El Maestro", todos nosotros sabríamos que lo de Maestro es por Piendibene…».